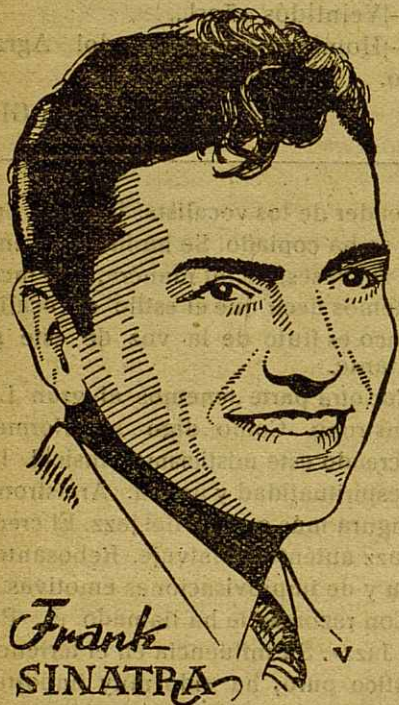


Confieso que es un tanto difícil. Hemos de convenir que ambos estilos, a pesar de ser muy diferentes, pueden existir. Pueden desarrollarse, pero sin intromisiones. Como un tópic, cada cual en su lugar

Bing Crosby, en sus canciones de films



por Francisco Vernet

musicales y en los discos. Frank Sinatra con su «soledad» en medio de un conjunto de cuantía numerosa y en la que abunde la sección de cuerda. Por el contrario, Armstrong debe tener a sus acompañantes en tensión. Lo mismo que él. Vivir lo que se está interpretando. Apartarse por unos momentos de la vida real y vivir para hacer arte. Extasiarse.

Decir algo más resulta ya casi una au-

dacia. Sería casi repetir lo que llevamos escrito. Sólo una cosa que no nos cansaremos de decir es: Que a pesar de ser ambos —el Nueva Orleans y el Broadway— agradables al oído, quizá más el segundo que el primero, no deja de ser superior el estilo de Armstrong. No lo digo por el mero hecho de que Armstrong es un negro y por tanto ya es superior. Lo digo con toda sinceridad y porque firmas autorizadas lo corroboran.

Además, hemos visto que con más interés se escuchan los discos llenos de swing de Armstrong, que no los melosos de Frank Sinatra.—DUKE

Gerona, Junio de 1947

Aquel viejo sentido... (El verdadero jazz)

Nos complacemos en reproducir este interesante artículo sobre Sidney Bechet, de la revista americana «TIME», que expresamente para nuestra Publicación, ha traducido nuestro buen amigo y consocio Esteban Colomer, entusiasta de la música de jazz y poseedor de una brillante discoteca. Esperamos no será la única vez que colaborará con nosotros.

Sidney Bechet, que parece un mozo de un coche-cama, ha estado hablando a través de un clarinete durante más de cuarenta años. Hace pocos meses, en un Club de la calle 52 de Manhattan, Sidney demostró una vez más que es el mejor hombre del «Dixieland», tanto con el clarinete como con el saxo soprano.

En primer término estaba Sidney, voluminoso, instalado en una delicada silla, con su dorado saxo en la mano. Detrás de él estaban Lloyd Phillips, frente a un piano, y un malhumorado muchacho, llamado Freddie Moore, con la mirada fija en un montón de cacharros en forma de «drums». Lloyd, empezó con unas caricias, y Freddie inició el ritmo. Entonces las notas del viejo Sidney se dejaron oír. Los otros miembros del trío tuvieron